

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 29 DE MAYO DE 1932

NÚMERO 22



MANCHURIA

La Manchuria y la Mongolia son grandes comarcas al Norte de China, que hacia el Este limitan con el gran Océano Pacífico. Por miles de años han vivido allí pocos habitantes a pesar de que el suelo es fértil; tiene grandes bosques y gran riqueza mineral en las montañas. Al Sur de estos países se extiende el gran país de la China, mientras que al Sureste están las importan-

tes islas que forman el Imperio del Japón.

Poco a poco y muy especialmente durante los últimos veinte o treinta años, gran número de labradores y colonos chinos abandonaron su propio país, donde casi cada metro de tierra laborable está ocupado, y donde en algunos lugares viven miles de familias. Tienen sus casas y aún diminutos jar-

dines en barcos que flotan en los grandes ríos, cerca de las ciudades. Se han trasladado hacia el Norte, a la Manchuria, donde han demostrado ser buenos colonizadores. En su mayoría son gentes sencillas y llevan una vida muy dura y frugal. Ahora más de veinte millones de chinos viven en aquellas regiones.

Hay allí, sin embargo, también otros habitantes; un millón, aproximadamente, de coreanos y unos cien mil japoneses. Estos últimos proceden de las muy pobladas islas del Japón. No hace mucho tiempo aún, que los japoneses han permitido a los extranjeros la entrada en su país y durante siglos no han querido nada con los pueblos de Occidente. Pero cuando comenzaron a ver algunas de las ventajas de la ciencia y técnica occidentales, aprendieron muy de prisa aplicando los métodos del Occidente a su propia vida. Llegaron a ser una gran nación industrial, construyeron una escuadra poderosa y aprendieron la manufactura de toda clase de artículos; construyeron ferrocarriles, grandes fábricas de electricidad, aeroplanos y todo lo demás. Tienen una población mucho más numerosa que la tierra de sus islas puede mantener, y por esto tienen que fabricar muchas cosas para venderlas a otras naciones a cambio de alimento. También desean enviar gran número de su población a otras tierras, donde puedan vivir y trabajar. Es por esto por lo que cien mil viven en Manchuria. Pero los japoneses allí no viven muy a gusto. El clima es demasiado frío para ellos y no toleran tan fácilmente, como

los chinos, la vida ruda y sencilla de los labradores. Son muy hábiles sin embargo, y también han gastado grandes cantidades de dinero en Manchuria en minas, edificios, ferrocarriles, etc.

El conflicto actual entre China y el Japón se refiere a lo que ha de pasar en Manchuria, donde los chinos y japoneses viven juntos. En realidad, se necesitan mutuamente, pero muchas veces es difícil para la gente comprenderse y encontrar los medios de servir los unos a los otros del modo más conveniente para todos. En China los hombres creen que en vista de que hay doscientas veces más chinos que japoneses en Manchuria, y que en vista de que la china tienen derecho al territorio. Los tierra no podría ser cultivada ni las fábricas podrían funcionar sin ellos, los japoneses han gastando tanto dinero, han construido un ferrocarril muy importante del Sur de Manchuria y necesitan el comercio del país para mantener sus muchos millones de japoneses en sus propias islas.

Por desgracia ha habido muchas disputas sobre los derechos en Manchuria, y en el otoño pasado un trozo del ferrocarril japonés fué volado. Los japoneses trajeron soldados y aeroplanos y comenzaron a hacer la guerra a los chinos. Entonces también comenzaron a atacar a los chinos en la misma China, combatiendo en Shanghai y lanzando bombas sobre Nanking.

El problema a resolver por la Liga de las Naciones es el modo de conseguir que el Japón y China dejen de luchar, persuadir al Japón que retire sus tropas, barcos de guerra y aeroplanos de

China y del territorio chino, y después ayudar a ambas naciones para que resuelvan sus disputas pacíficamente y vean el medio, cómo mejor se puedan ayudar uno y otro en Manchuria.

¿Cómo llegan los elefantes a la Casa de Fieras?

(Conclusión)

Le atan las patas traseras con fuertes cuerdas y sujetan la cuerda al tronco de un árbol. El oficial da la orden de soltar al animal, que habían derribado al suelo. En un instante el elefante se levanta y ruge frenético. Tira de las cuerdas con la trompa; con los colmillos voltea la tierra; corre hacia adelante y hacia atrás; hasta se pone de cabeza. La espuma le sale de la boca, de rabia, y sus ojos, pequeños, parecen saltar de la cabeza; pero todos los esfuerzos son en balde. Con mucho trabajo le llevan preso al campamento; todavía ruge y gime alternativamente. No ha querido tomar los alimentos que le ofrecían; todo lo había pisado, furioso. Ahora el oficial manda llenar un hoyo con agua y todos miran con alegría cómo empieza a beber. Entretanto ha anochecido; encienden las hogueras y de todas partes se acercan los indígenas para admirar el elefante preso. Naturalmente, todos charlan de las aventuras de la caza; pero por fin, rendidos, se retiran a descansar.

En cuanto amanece se reanuda la caza. Algunos han espiado los animales que todavía están dentro del cerco. Un elefante hembra con tres pequeños,

uno de ellos ya herido. Una bala del oficial acaba con la madre, y entonces los indígenas se atreven a dar caza a los pequeños. El mayor aún da mucho trabajo. Se defiende y los cazadores tienen que retirarse varias veces. Por fin el oficial manda hacer un hoyo hondo, al que le llevan con engaños, y allí ya es más fácil atarle. Pero luego, cuando le han sacado del hoyo con grandes trabajos, rompe las ataduras y ataca a la gente, que pierde la cabeza por completo. Esta vez es sumamente difícil atarle de nuevo; pero al fin lo consiguen, de tal modo que todos sus esfuerzos por librarse resultan inútiles.

Entretanto, los indígenas, capitaneados por Zampa, han atado a los otros dos, llevándolos al campamento. Cuando llega el oficial, muy satisfecho de la abundante presa, le dan la noticia de que el pequeño, que habían cogido con tanto trabajo, se había muerto. Le habían atado la trompa debajo de la barriga, y ni él ni los otros se habían dado cuenta de que, como el animal tenía que respirar por la trompa, necesariamente había de asfixiarse. Uno de los otros pequeños está gravemente herido y muere a la noche siguiente.

Los indígenas, ahora, celebran un banquete de carne como no nos lo podemos imaginar. Para ellos la carne de elefante, que tiene mucha grasa, es un manjar exquisito. El oficial no tiene otro interés que el de sus elefantes presos. Observa con satisfacción que el hambre y la sed han vencido un tanto la furia del animal, y que empieza a tomar alimentos.

Después de un día de descanso emprenden la marcha a la guarnición. Allí ya está preparada una jaula, resistente, de madera. Los primeros días estaban rabiosos, pero al poco tiempo ya el guarda podía atreverse a entrar sin que le hicieran daño. Poco después los animales pueden pasar el día en un cercado, en el campo, y todas las tardes acuden puntualmente a la puerta de su jaula para recibir su cena de plátanos. Más tarde, los niños del pueblo hasta podían montar en los elefantes, domados.

La primera vez que el oficial tuvo licencia para volver a Europa, aprovechó la ocasión para llevar los elefantes. Todavía hubo bastantes peripecias. Durante una breve marcha en la costa, uno de los elefantes cogió una indigestión, por beber agua salada del mar, y se murió. Costó un trabajo enorme llevar a bordo del vapor al único elefante que aún vivía. En casi toda la costa del Africa hay una rompiente de olas muy grande. El pobre animal pasó un miedo atroz en la barquilla, que se tambaleaba de un lado a otro. Ya a bordo del buque, y sintiendo tierra firme debajo de sus pies, arremetió contra los marineros con la trompa levantada, para vengarse del miedo que había pasado. Costó trabajo meterle en el cerco que le tenían preparado. Allí pasó cuatro semanas tristes hasta que, por fin, llegó al puerto de Hamburgo.

Hasta el día de hoy, "Cata-Cata", que así le llamaron, se ha desarrollado y es un elefante enorme: el orgullo del Jardín Zoológico.

Al Jazmín

Orgullo de la enramada,
blanca y leve florecilla;
más que todas delicada
y más que todas sencilla.
Muestra el lirio, temblorosa,
la faz cristalina y pura,
y ostenta encendida rosa
la peregrina hermosura.
Alza bella la azucena
la copa tersa y nevada,
de ricos ambares llena,
de mil abejas cercada.
Pero ¿quién tu brillo iguala,
viva flor del cano estío,
que luces entre su gala
como espuma en claro río?
Por sencilla y delicada,
en el jardín, entre ciento,
fijas tú, flor, la mirada
y fijas el pensamiento.
Y por el seno argentino
que blando perfume espiro,
do bebe néctar divino
la abeja que en ti respira.
¡Flor graciosa y nacarada,
la más tierna de las flores!
¡Oh, mil veces bienhadada
la que roba tus amores!
¡Bienhadada mariposa
que tu pétalo estremece
cuando a tu lado reposa
y en tu aliento se embelece!
¡Por delicada y sencilla,
en el jardín, entre ciento,
se fija en ti, florecilla,
mi vista y mi pensamiento!

CATALINA CORONADO.